



Para un mejor aprovechamiento del tema, se recomienda seguir los siguientes pasos:

- Que cada cónyuge realice una primera lectura individual.
- Que, posteriormente, lo lean conjuntamente ambos cónyuges para profundizar en el texto, consultar referencias, poner en común y establecer un diálogo entorno a las preguntas conyugales.
- Que, finalmente, se trabajen las preguntas para el diálogo en equipo preparando así la reunión.

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,

Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:

como hija, esposa y madre,

conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.

Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia

para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.

Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor

el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.

Muéstranos tu protección de Madre

y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

II. Cuaresma “en María”

1. Dolor en familia

2. María, la cruz se transforma en ambiente

3. Nuestro dolor, en María

4. Preguntas

¿Cómo vivir la Cuaresma *en María*? La Cuaresma consiste en llevar nuestro sufrimiento con Cristo en la cruz. “¡Cristiano, toma tu cruz y sigue a Jesús!” Ahora bien, este sufrimiento y esta cruz tienen una dimensión familiar. Vamos a ver que María nos ayuda a decir: “¡Familia, toma tu cruz, cruz compartida, y seguidle juntos!”

1. Dolor en familia

Miramos hoy, por tanto, a nuestros problemas y luchas familiares. Recordad: las familias no se dividen en “familias con problemas” y “familias sin problemas”. Se dividen en familias que caminan a través de sus problemas y familias que se estancan y se ahogan en ellos.

Pues bien, la Cuaresma ayuda a caminar a través de los dolores, temores y ansiedades de nuestra familia. Es un camino llevando la cruz. Y cada cruz, en la familia, es cruz común. Pues ser “una sola carne”, como el marido y la mujer, es también ser “una sola carne sufriente”. Amar es hacerse vulnerable y, por tanto, amar es estar dispuesto a sufrir. Generar a un hijo es dar vida más allá de uno mismo, haciéndose vulnerable en el hijo; por tanto, generar vida es sufrir.

Este dolor de la familia empieza de muy antiguo, ya en el Génesis. Se trata de la pena que Dios anuncia a Adán y Eva juntos, y que toca el fruto del trabajo y el fruto del vientre. Es un castigo, pero lleva en sí una medicina, porque es un castigo fecundo. Eva va a sufrir, sí, pero dando a luz, que es dar alegría; Adán va a sudar, sí, pero cosechando fruto, lo que invita al canto.

Tal vez hoy pensemos que el parto sin dolor, con epidural, elimina ese dolor de Eva. Sería un error, pues el dolor del parto no acaba ahí. No se da a luz al hijo en unas horas: se le sigue dando a luz cuando se le introduce en el lenguaje, en el amor, en la libertad. Y cuando se le deja partir para que crezca más allá del hogar. Estas palabras del parto se dirigen a Eva porque a la madre le cuesta más el desgarrón del hijo que se aleja. Y sufre más la ansiedad por saber qué será del hijo. Pero Adán lleva también su herida, ligada al cultivo de la tierra. Es la herida del padre, que está llamado a abrir a la familia un camino para que crezca más allá de sí.

En familia somos uno; pertenecemos los unos a los otros. Y por eso nos dolemos los unos a los otros. Así dice el poeta Luis Rosales en su libro *La casa encendida*, hablando a su madre. Primero le recuerda que, durante el embarazo “he vivido doliéndote [...] durante largos meses”. Luego añade: “que yo sigo doliendo todavía /allá en el centro de tu vientre”.

2. *María: la cruz se transforma en ambiente*

Y esto nos conduce a María, Madre de los vivientes. María revela esta comunión del dolor, porque Ella sufre con su Hijo, al pie de la cruz. Cierto que la cruz de Cristo nunca es solitaria. Pues tiene en su centro un corazón que se abre y se dilata para acogernos. Sus brazos abarcan oriente y occidente para unir a todos los hombres. Y unen a los hombres porque el palo vertical se lanza al cielo asociando a los hombres con Dios, fuente de unidad. Es decir, la cruz no es un punto aislado, sino un gran abrazo.

Por eso es importante que no haya cruz sin Crucificado. Lo que da sentido a la cruz no es el madero solo, sino el cuerpo de Cristo: un cuerpo hecho todo él abrazo de amor. Esta es la dignidad máxima del cuerpo humano, capaz —a diferencia de los animales— de adoptar la postura erguida que se eleva al cielo, con los brazos abiertos que abarcan la familia humana.

Ahora bien, como no hay cruz sin Crucificado, tampoco hay cruz sin María. La vemos en muchas representaciones de la Crucifixión, a veces con los brazos también abiertos en forma de cruz, como la pinta Fra Angelico en el convento de San Marcos, en Florencia. A los brazos extendidos de Jesús corresponden los brazos abiertos de María: dolor con dolor, masculino y femenino. Recordamos al poeta Gerardo Diego, comentando el encuentro de Jesús y María en el *via crucis*:

¿Cuándo en el mundo se ha visto
tal escena de agonía?
Cristo llora por María.
María llora por Cristo.
¿Y yo, firme, lo resisto?
Nazareno, Nazarena,
dadme tan solo una poca

de esa doble pena loca
que quiero llorar mi pena.

Es verdad que no todos los crucifijos llevan a María al pie de la cruz. En esos casos a María no se la ve porque está frente a la cruz, en nuestro lugar, en el lugar de aquel que contempla al Crucificado. Es decir, al mirar a la cruz, entramos en los ojos de María. Ella nos abre el espacio para situarnos ante el Crucificado. Gracias a María, la cruz asume una tercera dimensión y nos permite ponernos ante ella: *el abrazo de Cristo hace círculo con el abrazo de María y se convierte en espacio abierto para habitar y en morada donde cobijarnos*.

Stabat mater: estaba en pie la madre. Gracias a María entra en la cruz esa acogida materna que es propia de la mujer. Gracias a María, la cruz pasa a ser casa y a ser seno materno, donde nacemos de nuevo. Y Ella aparece como refugio de los pecadores, su playa segura. No hay madre en la parábola del hijo pródigo, pero sí hay casa, y la casa es la madre.

Nos ayuda pensar en la madre de los mártires macabeos, que animaba a sus hijos al martirio recordándoles el mensaje que ella llevaba escrito en su seno. Les decía: «No soy yo quien os dio el aliento y la vida; yo no os tejí en mi seno. Fue el Creador del universo quien os hizo. Sed fieles a esa alianza fundante con Él, y Él no os abandonará: Él os resucitará» (cf. 2Mac 7).

María lleva a plenitud a esta madre de mártires. Cuando Jesús dice al Padre: *¿por qué me has abandonado?*, tiene frente a sí a María. Ella le recuerda, con su mismo seno virginal, que Él es el Hijo único del Padre, y que el Padre está siempre con Él. En María, Cristo tuvo ante sus ojos corporalmente la esperanza de su resurrección, que le invitaba a cumplir su deseo más profundo: entregar el Espíritu en manos del Padre.

Y no solo eso. María no solo recuerda a Jesús que es el Hijo único de Dios. Le recuerda también la fecundidad de su entrega, pues el vientre de María, esposa y madre, dará a luz a la Iglesia y a los cristianos. Cristo, ante María, sabe que muere por nosotros para darnos vida, que su don es acogido y es correspondido y es multiplicado.

La Biblia dice que Dios hizo para Adán, al crear a Eva, una ayuda adecuada. Literalmente, la palabra *adecuada* (*kenegdo* en hebreo) se podría traducir como una ayuda que esté frente a él, cara a cara, de forma que la vida de Adán se abra más allá de sí mismo en una dilatación fecunda. Así está María ante la cruz de Jesús. Miguel Ángel, evocando esta idea, la pinta en el *Juicio Final* de la Capilla Sixtina en el costado de Cristo, como nueva Eva.

3. Nuestro dolor, en María

Al hacer de la cruz un hogar, María ayuda a transformar el dolor de todos los hogares. El dolor, para convertirse en dolor fecundo —y por tanto en dolor feliz, pues *felix* en latín significa también fecundo—, necesita la morada que María abre al pie de la cruz.

a) La enfermedad y el sufrimiento

Comencemos con un primer dolor: la enfermedad vivida en familia. Puede ser el dolor por un hijo enfermo o discapacitado; pueden ser los padres ya mayores; o una enfermedad grave que nos sorprende; o los achaques de cada día.

Este dolor, vivido en cristiano, puede ser bendito y fuente de bendiciones. El golpe del dolor nos saca del aislamiento en que tantas veces vivimos, lejos del Señor, sin entender que la vida se nos ha dado para amar. En el dolor, el cuerpo se hace sentir de nuevo: nos recuerda nuestra dependencia, que estamos hechos para la relación y solo en comunión podemos salvarnos.

Podemos decir que el dolor nos devuelve el sentido familiar del cuerpo. Pues en nuestra familia, de niños, lo hemos necesitado todo. En familia nuestra fragilidad se ha hecho bendición porque nos ha hecho capaces de recibir el cariño de nuestra madre, que aseguraba que somos amados, que somos únicos, que la vida es buena, que la primera palabra es siempre “gracias”.

Por eso, para que el sufrimiento se convierta en bendición, necesita encontrarse con un ambiente familiar. Necesita encontrar la mano que nos cuida, la mirada que nos afirma, el brazo que nos sostiene. Si eso llega a suceder – y la familia es el lugar idóneo para que suceda –, entonces en el dolor se habrá encendido el amor y podremos bendecir la herida.

En realidad, para que haya morada que acoja el dolor, son necesarios el padre y la madre, que fundan el hogar. La madre asegura que somos amados a pesar de nuestra pequeñez y dependencia, que somos acogidos pase lo que pase, pues cuenta más lo que somos que lo que hacemos. Y el padre hace de la herida y del dolor un camino; nos enseña que la enfermedad es para crecer y luchar. Entre ambos, padre y madre, la herida del sufriente se hace fecunda.

Y entendemos el papel de María al vivir el dolor. En Ella la compasión de Cristo se abre e incluye la vertiente materna y femenina. Si está María en nuestra casa, la Cruz nos toca juntos, nos toca como morada, para que nuestra morada sepa transformar todo dolor en amor, y acoger el misterio de Dios amor. Así lo vivía el filósofo francés Emmanuel Mounier, cuya hija Françoise estaba paralizada en cama, inconsciente por un tumor cerebral:

Me sentía acercarme a esa pequeña cama sin voz como a un altar, como a algún lugar sagrado donde Dios hablaba por un signo. Una tristeza mordiente, profunda, profunda, pero ligera y transfigurada. Y todo alrededor de ella, no tengo otra palabra: una adoración. Nunca he conocido tan intensamente el estado de oración [...] Una hostia viva entre nosotros, muda como la santa hostia, radiante como Ella (carta, 28 de agosto de 1940).

b) El perdón en familia

En segundo lugar, tenemos la ofensa familiar, el conflicto que tanto hiere. Pero también aquí, en esta cruz, si la ponemos en María frente a Cristo, vemos un manantial de bendición. Pues la ofensa es ocasión de perdón, que es don perfecto.

Para vivir el perdón es preciso que la familia recuerde que nació en ese espacio abierto en María, al pie de la cruz. El sacramento del matrimonio lo instituye Cristo con su perfecta caridad de la cruz, en la que muere para redimir a la Iglesia. Y a vuestros hijos los recibís para llevarlos al bautismo, donde participan de la muerte y resurrección de Cristo. Así que vuestro matrimonio y vuestra paternidad pasan por María que, al pie de la cruz, hizo de la cruz una morada familiar para acogerlos en ella.

Vemos que la familia es lugar propicio para el perdón. Pues para que suceda el perdón es necesario ver con otra luz a la persona que nos ha ofendido. Ante una ofensa grave que nos divide, hemos de ver algo más hondo que nos une. Y un padre o una madre siempre pueden mirar al hijo que les ha ofendido y descubrir algo más profundo: Dios se lo ha confiado. Si Dios fue capaz de generarlo, será capaz de regenerarlo. Y lo mismo con el marido y la mujer. Les separa una ofensa, sí, tal vez grave, pero son capaces de ver más hondo, de descubrir que se unieron en la cruz de Cristo, mayor que toda ofensa. Pues Él murió para perdonarlo todo.

También en el perdón intervienen padre y madre. María, que hace de la cruz una casa, nos recuerda que el regreso siempre es posible, como dice la canción: “una madre no se cansa de esperar”. En Ella podemos abrimos al perdón propio del padre, que nos ofrece Cristo, en nombre de su Padre. Y el perdón del padre nos dice: no se te perdona porque no tengas remedio, sino porque eres capaz de más, porque tienes dignidad de esposo e hijo y puedes vivir como tal, fiel y agradecido.

Nos ayuda el cuadro de Rembrandt sobre el hijo pródigo. Se distinguen las dos manos del padre sobre las espaldas del hijo, para regenerarlo: una tierna, femenina, que acoge y reafirma en el ser; otra viril, masculina, que lanza al trabajo reparador.

c) Ataques contra la familia

En tercer lugar, digamos algo también de ese dolor que sufre toda la familia. Y pensamos en las familias en paro, en las luchas para educar bien a los hijos, en la esterilidad, Esto se agudiza en una sociedad enemiga de la familia.

Digamos, en primer lugar, que la familia es capaz de vencer a estas dificultades porque se edifica sobre un cimiento único: el Creador. San Juan Pablo II lo recordaba en el Año Internacional de la Familia de 1994. Ante toda amenaza, la familia dice “yo soy”, “yo soy gozo y esperanza”. Y puede decir “Yo soy”, porque Aquel cuyo nombre es *Yo soy* le ha dado el derecho y la fuerza de existir. Dios, Padre de los huérfanos y defensor de las viudas, nunca abandona a la familia.

Es hermoso el relato *La Madonna de Treblinka* del escritor ruso Vasili Grossman. Tras contemplar en un museo la *Madonna con el Niño* de Rafael Grossman tiene la sensación de haber visto ya esa mirada de madre. Y la reconoce en sus recuerdos del campo de concentración de Treblinka, en todas aquellas madres desvalidas que se enfrentaban con decisión a la muerte con sus hijos en brazos y llevaban esperanza en los ojos. En esa mirada Grossmann entiende que la familia vencerá a todo totalitarismo. Aun siendo él ateo, confirmaba la profecía de Fátima: su Corazón Inmaculado vencería a la antigua serpiente.

Ahora bien, junto a esta esperanza en Dios es necesario recordar que la familia no es una isla. En su dolor, también necesita una morada. Igual que la persona necesita hogar para hacer fecundo su dolor, así la familia sufriende necesita un hogar más amplio donde hacer fecundo su dolor. Este hogar es la Iglesia, familia de familias; son vuestras familias de Betania.

Que no nos suceda que una familia sufra a nuestro lado sin darnos cuenta, sin inventar maneras de consuelo y socorro, para que encuentre bendición en su dolor. Vivir la Cuaresma en María es estar atentos a las necesidades de nuestras familias.

Y es también vivir la misión de la familia más allá de la familia. Es mirar a los que sufren porque no tienen familia. El mundo hoy está lleno de hombre sufriende que no encuentran una casa para su dolor, lo que vuelve su dolor insensato e inútil. En la Cuaresma, tiempo de misericordia y limosna: ¿cómo acudir en ayuda del hombre sin familia? ¿Cómo acudir en ayuda de las familias rotas o desvalidas, que sufren en una sociedad enemiga de la familia? Vivimos “en María” si nace en nosotros el deseo de cobijar al hombre que yace a la intemperie y de reconstruir la casa familiar.

María, refugio de los pecadores, salud de los enfermos, auxilio de los cristianos, consuelo de los afligidos, ¡ruega por nosotros!

4. Preguntas

Preguntas para el diálogo conyugal:

1. ¿Qué dolores y sufrimientos tenemos como familia? ¿Cómo aprendemos a vivirlos en María? ¿Los vivimos como “una sola carne”?
2. Sobre el tema del perdón, ¿qué prácticas familiares nos podrían ayudar a vivirlo mejor esta Cuaresma?

3. ¿Hay algún enfermo en la familia o cercano a la familia? ¿Cómo acogemos la enfermedad en nuestra familia?

Preguntas para la reunión

1. El tema habla de la “herida de la madre” y de la “herida del padre”, ¿cuáles son? ¿Cómo nos puede ayudar la Cuaresma y la presencia de María al pie de la cruz a afrontar estas “heridas”?

2. ¿Qué significa en concreto el peligro de una cruz sin crucificado? ¿Y qué significa también en concreto el riesgo de una cruz sin María? ¿Qué pasa cuando vivimos así nuestras cruces familiares? ¿Cómo se nota y qué prácticas nos pueden ayudar a enfocar mejor esta cuestión?

3. ¿Cómo vivir la enfermedad en la familia? ¿Qué situaciones hemos vivido y cómo hemos sabido afrontarlas? ¿Y el perdón? Es siempre una cuestión difícil tanto pedir perdón como perdonar, ¿tenemos prácticas familiares que ayuden? ¿Qué ataques a la familia percibimos como más deletéreos y más dañinos, aunque a veces sean menos aparentes?